

César Herrera

# Un poeta en Auschwitz



Grupo Editorial

Kipus

# I

## El bombardeo

*Rotterdam Holanda, mayo 1940*

Un zumbido persistente llenó todo el ambiente de la casa, acompañado por un brusco temblor de tierra que pareció hacer tambalear el edificio. La luz metálica del amanecer bañó las habitaciones del departamento; entonces el ruido estridente despertó a todos de golpe. Jaziel se levantó de la cama y se acercó hacia la ventana de su habitación, sus ojos adormilados distinguieron a decenas de paracaidistas que se esparcían por la ciudad tal si fuesen flores blancas que caían del cielo azul. Luego de algunos segundos los aviones surcaron el horizonte como aves siniestras que dejaban caer las bombas por doquier. Corrió apresurado hasta la habitación de su madre, ella y su hermana Lía estaban de pie con el rostro desencajado, preparadas para escapar.

—¡Son los nazis! —gritó. Como si se tratara de una pesadilla. Entonces el mundo de los tres sucumbió al terror.

Estalló una bomba cerca y cayeron al suelo por el impacto, se abrazaron y se arrastraron para cubrirse por debajo de una mesa. Los estallidos continuaron, primero lejos, luego cerca. Salieron corriendo hasta la sala y después hacia la puerta del departamento, bajaron las escaleras del edificio, afuera en la calle se confundieron entre algunos vecinos que también huían.

El humo y el polvo se elevaron en una sola nube que se apoderó del ambiente y lo envolvía todo, el edificio del frente estaba partido por la mitad. Se escuchaba llantos de niños, otros que tosían y otros más gritaban de dolor.

La tierra continuó temblando por los estallidos y la gente completamente aterrorizada no sabía hacia dónde correr.

—¡Quedémonos aquí madre! —gritó Jaziel cuando habían avanzado un trecho.

Se refugiaron en un almacén en inmediaciones de la cuadra, un hombre mayor los había visto, los llamó y los condujo hasta un sótano, por una puerta que daba hacia aquella calle. Los guió por la escalera hasta cerrar la puerta tras de sí, dejando el ruido de la destrucción afuera. Su madre apenas había logrado reaccionar, su rostro de pavor y asombro se hundió en el mutismo. Las pequeñas ventanas se estremecían de rato en rato con los impactos, seguían escuchándose los gritos y el zumbido de los aviones que sobrevolaban la ciudad.

—Aquí estaremos a salvo por ahora —murmuró el anciano.

—Gracias Ali —respondió la madre de Jaziel.

La habitación lucía pequeña pero muy bien reforzada, tenía varias estructuras y columnas de gruesa madera, era una bodega donde había cientos de latas de pintura. El hombre poseía una ferretería, lo conocían desde que habían llegado a vivir al lugar. Era judío como ellos.

—Tengo miedo —exclamó Lía.

—Ya pronto acabará —la consoló el anciano.

Los niños permanecieron abrazados a su madre, los cuatro eran los únicos que estaban entre las penumbras de aquella habitación. El tiempo transcurría demasiado lento allí, les pareció una eternidad agonizante, miraban en silencio los muros de la habitación mientras los bombardeos parecían destruir todo. La mujer se sentó en una silla que el anciano le acercó, Jaziel y su hermana la rodearon y se apoyaron en su hombro. Después de más de dos horas cesaron los estallidos, aunque todavía la tierra parecía estremecerse.

Allí en ese improvisado refugio Jaziel recordó la vez que tuvieron que huir de Berlín, algunos años atrás, fue la misma sensación que le invadió el cuerpo, ese silencio volvía a resoplar en lo más profundo de sus almas y otra vez los atacaba.

Por las expresiones en los rostros del viejo mercader y su madre sabía que lo que se avecinaba era peor, ahora ni siquiera en otro país podrían estar seguros, los nazis no se detendrían hasta acabar con ellos. Quizás los aviones vuelvan y destruirán lo que quede en pie, pensó.

Siguió escuchándose por varias horas las lamentaciones y el llanto de los niños, hasta que el silencio en medio del

caos reinó en todo el ambiente. El anciano Ali abrió la puerta, estaba muy oscuro, la luz del día parecía haberse escondido tras las nubes de polvo y destrucción que abarcaba todo. Jaziel se asomó tímidamente a mirar qué había pasado con el mundo que él conocía, su madre y hermana avanzaron tras de él. Conforme caminaban se despejaba el ambiente, lo que antes era familiar yacía bajo los escombros, la gente que había estado escondida fue saliendo cubriéndose las bocas con sus manos y ropas, algunos tosían por el contaminado aire, otros buscaban desorientados a sus familiares llamándolos por sus nombres.

—Los alemanes quieren tomar la ciudad —dijo una de las vecinas.

Lo que abarcaba la mirada de Jaziel era desolación, se escuchaban gritos de lamento y terror. La nube oscura de polvo avanzaba como una sombra siniestra, dejando a su paso muerte y dolor. El rojo de la sangre esparcida en el suelo de las calles, el gris de los escombros y el negro del ambiente se mezclaron con el fondo azul del cielo y se le asemejó a una pintura abstracta, similares a las que existían en el museo Boijmans Van Beuningen, que se encontraba en el Museumpark, al que su padre los llevó a conocer los primeros meses que llegaron a la ciudad.

—¿Esto era lo que tanto temía mamá verdad? —preguntó Lía.

—Sí, era de lo que hablaba papá —respondió Jaziel.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé, esperar —dijo.

Alemania había declarado la guerra a los Países Bajos. No tardaron en aparecer vehículos de la policía holandesa para informar por las calles a toda la población que se escondiesen en las casas que tuvieran sótanos o bodegas.

Los ataques continuaron durante cuatro días más, los cuales Jaziel, su madre y hermana permanecieron escondidos en el sótano del anciano Ali, junto a dos familias más, el hombre los provisionó de agua y alimentos.

Finalmente, al quinto día cuando el país se rindió, la gente regresó a sus casas, a los que todavía les quedaba alguna, Jaziel y su familia entraron al edificio que aún se mantenía en pie, su madre recogió algunos escombros de la entrada, él la ayudó. Adentro en el departamento los vidrios estaban tirados por todo el piso.

Luego de limpiar se asomaron por una de las ventanas, desde donde se veía todo el desastre en ese horizonte ahora sombrío, la mayoría de los edificios fueron derrumbados en los ataques aéreos, de los que emanaba humo y en el cielo parecía formarse un agujero negro, casi hipnótico, Lía decidió no mirarlo y él apartó también la mirada. La misma gente de la ciudad y los soldados hicieron limpieza de calles y avenidas, ellos ayudaron, así como las personas que no estaban heridas. A Jaziel aquello le pareció una pesadilla, por primera vez en su vida vio personas muertas; tiradas como si fuesen muñecos sin vida, estáticos, mudos, los rostros apenas visibles, cubiertos de polvo, perdidos en un largo sueño, se quedó mirando a uno de ellos y pensó en su padre, se estremeció, ¿estará muerto?, se preguntó.

Los apilaron en las aceras de las calles, llegaron ambulancias y camiones de la policía y se los llevaron a todos, sentía que su mundo se desmoronaba rápidamente, en tan sólo algunos meses.

Cerca de la casa se improvisaron tiendas de enfermería para socorrer a los heridos, el olor de la ciudad entonces cambió y más adelante comprendería que aquel olor se le haría habitual en su vida. Su hermana y su madre se encerraron en el departamento, mientras él trató de ayudar en lo que podía por su calle y las calles aledañas junto a su amigo Caleb.

Un día cuando las cosas se habían ido arreglando lentamente y todo parecía invadido por una extraña tranquilidad, la ciudad se encontraba en un silencio sin tiempo y la incertidumbre reinaba. La madre de los niños salió misteriosamente del departamento diciendo que tenía algo que hacer esa tarde.

—¿Dónde crees que fue mamá? —preguntó Lía.

—No lo sé, tal vez a conseguir un poco de comida —respondió Jaziel.

—¿Y si ya no regresa?

—¿Cómo crees que haría algo así?, volverá en cualquier momento.

Terminaron de limpiar algunos escombros que habían entrado por la ventana de la cocina. Lía recogió un pedazo de vidrio roto, entraba una ráfaga de aire por la ventana que estaba sin el cristal.

—En invierno hará frío —caviló.

—Para entonces lo repararemos —contestó él.

Por un momento el niño quedó sobrecogido por sus pensamientos, pensó que su padre debía volver, porque ahora todo se estaba saliendo de control, él había prometido que se irían lejos, no podía dejarlos allí. Por la ventana se observaba el horizonte de Rotterdam, las nubes blancas estaban sin vestigio alguno de los ataques pasados. Se cuestionó si el mundo volvería a ser el mismo, ¿su padre había huido?, era la pregunta que a cada rato le asaltaba, pero no, sabía que no, él no los abandonaría así nomás sin ninguna explicación, ¿era a eso lo que se refería cuando a veces lo había escuchado hablar de los nazis?

Su padre era judío alemán y una vez que El oscuro subió al poder tuvieron que escapar de Berlín, por las persecuciones y el régimen impuesto que comenzaron a aplicar hacia los judíos. Toda la familia era judía, aunque su madre no quisiera hablar del asunto jamás. Hacía cinco años que habían salido de Alemania, él todavía recordaba el largo viaje en tren que habían tomado por varios días, su hermana Lía era una niña de cuatro años, ni siquiera se acordaba de su anterior hogar.

Su madre llegó al anochecer, se la notaba nerviosa. Ella ya no era la misma desde que su padre había desaparecido, se sumió en un silencio triste casi sin palabras, y se fue hundiendo más y más en un hermetismo imposible de romper.

En la casa se acabaron las risas, la alegría y las canciones que los cuatro solían cantar cualquier noche de esas en que su padre llegaba de trabajar, ahora parecían



fantasmas que todo tenían que hacerlo en completo silencio, caminaban cabizbajos por las calles, las pocas veces que salían, sin subir a las aceras, porque lo tenían prohibido.

La madre preparó la cena mientras Lía le ayudaba con el puré de patatas. Jaziel escuchaba atento el radio sentado en la alfombra de la sala, para enterarse de los últimos acontecimientos que sucedían en el país ahora invadido por los nazis. El oscuro había tomado la ciudad, y eso no hacía más que poner peor a su madre, por eso agarró el radio y lo apagó.

—No es hora de escuchar malas noticias, ya está la cena  
—murmuró.

Se sentaron en el comedor, ella dio las gracias y empezaron a comer. Jaziel volvió a preguntarse como lo hacía cada anochecer a la misma hora, ¿por qué había desaparecido su padre?, pero ahora todo parecía indicar que se lo habían llevado, el ataque a la ciudad confirmaba que los nazis tuvieron que ver con la desaparición de su padre.

Ya no estaban más sus sonrisas, ni sus anécdotas, tampoco las historias que traía a diario para compartir la cena; sus amigos y compañeros de trabajo decían no saber nada. Su madre había tratado de averiguar en uno y otro lado, en todos solo hubo silencio. En la fábrica de zapatos nadie parecía tener alguna pista cuando ella indagó, solamente bajaron las miradas y siguieron en lo suyo evitándola.

Jaziel había vuelto de clases tratando de que todo continuara rutinariamente por orden de su madre, pero llegar a la casa era como ahogarse en el silencio. Los juegos con los amigos cada vez más escasos, los vecinos

también parecían haberse encerrado en su propio enmudecimiento.

Su madre lloraba por las madrugadas, él podía escucharla desde su cuarto. Aquellos dos meses habían sido por demás largos y su madre había cambiado totalmente, raras veces los miraba a los ojos, parecía siempre estar pensando y tramando algo, hasta que lo lanzó.

—He decidido que lo mejor será irnos a Inglaterra —dijo rompiendo el silencio en el comedor.

—Pero... ¿y papá? —preguntó Lía.

De nuevo el silencio los abrazó, Jaziel había temido que ella diría algo parecido en cualquier momento.

—Dejaremos cartas a los amigos con nuestra nueva dirección y a todos nuestros conocidos —dijo ella tratando de forzar una sonrisa en su rostro, que se quedó en una simple mueca sin emoción.

—¿Abandonaremos todo? —preguntó él.

—Una prima mía vive allá y nos recibirá —contó ella, como si no lo hubiese escuchado.

—¿Ya no tendré una escuela y a mis amigas? —preguntó Lía.

—Allá tendrás una y nuevas amigas.

—No es justo madre, aquí está nuestra vida y nuestros amigos —objetó Jaziel.

—Me temo que aquí no estamos seguros, ni volveremos a estarlo —dijo solemnemente. Continuó comiendo cada bocado lentamente y en silencio. Por la seriedad de su

rostro él empezó realmente a comprender a lo que se estaban por enfrentar, se estremeció.

*Entraron a Terezin, al lugar también llamado Campo de los artistas en agosto de 1941, en un viaje de largas horas en tren de carga, apretujados como animales, sin comida ni bebida alguna. Terezin era una fortaleza cerca de Praga que los nazis habían adecuado para convertirlo en una ciudad para los judíos (una idílica ciudad que se mostraba al mundo como una propaganda). Los barracones eran antiguos edificios de ladrillo rojo, allí los hombres y niños estaban en unos pabellones y separadas de ellos las mujeres en otros.*

*En la estación antes de partir vieron como algunos niños que se deshacían en lágrimas eran apartados de sus padres, a punta de culatazos hacían retroceder a los adultos y caían al suelo, el dolor visible en el rostro de aquellas madres y padres era insoportable, solamente aplacado por medio de la violencia que infundían los soldados nazis.*

*La mirada de Lía buscaba constantemente la de su hermano al comprender que cualquier rato podrían separarlos. Ezequiel iba junto a ellos, no se había separado ni un instante, siempre que los guardias lo alejaban, él se las arreglaba para buscarlos y terminar a su lado, se apoyaron para que no los separasen a ninguno de los tres.*

*—Tal vez eso le pasó a mamá —susurró Lía, cuando vieron a una madre que separaron de sus hijos. Sollozaron en silencio, como ya se habían acostumbrado a hacerlo.*

*—Puede ser —dijo él disimulando. No creía que eso había sucedido con su madre.*

*La sostuvo fuertemente del brazo y de la mano. En esas horas de viaje dentro del vagón muchos lloraban, a Jaziel también se le cayeron las lágrimas; la travesía fue una tortura, los más pequeños lloraban de hambre y sed, algunos adultos se quejaban golpeando las tablas pidiendo algo de agua, pero nadie les respondía.*

*Luego de horas de llanto vino el silencio. No tenían idea de lo que les esperaba en aquel lugar a donde los llevaban. En la mirada de todos el pavor transfiguraba sus rostros ante lo desconocido y la desesperanza se instaló como una sombra que los abrazaba.*

*Antes de subir al tren Jaziel les prometió a Lía y Ezequiel que estarían bien, solo tenían que cuidarse siempre, por si llegaban a separarlos, lo mismo tendrían que hacer cada uno por su lado, hasta que volvieran a juntarse, de eso no cabían dudas, dijo él.*

*—Algún día acabará todo esto, entonces iremos a un país donde seremos libres —les recordó.*

*—¿Estás seguro que ya no nos perseguirán? —preguntó Lía.*

*—Ya verás que no.*

*—El oscuro ¿siempre será malo?, ¿no habrá nada que logre ablandarle?*

*—No lo sé, pero lo dudo —respondió.*

*—Entonces lo odio más por habernos separado de nuestro padre y madre —dijo sollozando Lía— ahora seguramente no separará a nosotros también.*

*—No te preocupes no dejaré que eso suceda —dijo el niño tratando de ser lo más convincente posible, aunque ni él lo creyera del todo.*

—Creo que ya no volveremos a escuchar música nunca más  
—dijo ella.

—No digas eso, he escuchado que al lugar donde nos llevarán le llaman el campo de los artistas, un anciano lo ha susurrado —los ojos azules de su hermana brillaron, como hacía mucho tiempo no los veía, casi hasta sonrió.

Entre susurros, aplastados como animales en el tren, con el mal olor que por momentos se tornaba insoportable, trataban de respirar por las hendiduras de las tablas, por donde entraba algo de aire fresco. Imaginaban afuera los campos verdes, llenos de árboles y flores y aquello les devolvía algo de esperanza, hasta que finalmente llegaron al lugar.

El cielo gris y una llovizna turbia que ensombrecía el horizonte los recibió. Se escuchó el ruido seco del metal cuando paró el tren, todos callaron, y una vez que abrieron las compuertas unos guardias a gritos les ordenaron formarse.

Había muchos pequeños, solos, sucios, con la mirada perdida, que no entendían nada de aquel idioma seco y duro, se habían cansado de llorar y gritar, ya no salía ni un solo susurro de sus pechos roncós, sus pequeños ojos desbordaban miedo, como si se adelantaran a oscuros presagios. Marcharon juntos, tomados de la mano, aferrados unos a otros entre la muchedumbre y el barro, cruzaron un puente de piedra y allí estaba Terezin, sobre la reja de la entrada, en forma de arco se leía: ARBEIT MACHT FREI, (El trabajo te hará libre).

*Un poeta en Auschwitz* narra con apasionante estilo el vía crucis de una familia judía durante la Segunda Guerra Mundial. El cruel drama y la tremenda vida de Jaziel y Lía, nos atrapan desde el inicio del relato mostrándonos el dolor, la crueldad en todos sus extremos y situaciones de perversidad y aberración. Los dos niños son separados por las milicias de las SS y viven su propio calvario. El célebre Dr. Mengele y otros militares hacen de la existencia de los pequeños un verdadero infierno. Sin embargo, la lectura, la poesía, cultivadas en la clandestinidad, rendirán sus frutos en la prisión de los campos de concentración, donde, gracias a un lápiz y un simple cuadernillo, dos seres se encuentran en medio del olor de los cuerpos incinerados, para redimirse, cada uno según su destino de la manera más sorprendente en la muerte, en la vida, en el amor.

Una vez más César Herrera nos conmueve y cautiva con su claridad, su prosa poética, su creatividad y sus personajes increíblemente humanos. *Un poeta en Auschwitz*, es una película nítida de bondad y esperanza ante la crueldad humana, es un canto (o un grito) que nos recordará el Holocausto para que nos esforcemos en construir un mundo de paz.

Arbeit Macht Frei

ISBN: 978-9917-32-055-5



9 789917 320555